

Cuentos sin cuenta*

Fabio Martínez

Ensayista y narrador colombiano

El cuento moderno en Colombia se inicia en 1897 con “A la diestra de Dios padre” de Tomás Carrasquilla, publicado en el periódico *El montañés* de Medellín.

En este relato, donde se plantea el problema ético y filosófico entre hacer el bien o hacer el mal, problema capital que ha atravesado a nuestra cultura, Carrasquilla nos recuerda que el cuento literario se alimenta de la oralidad y viene de la rica tradición popular.

Antes de Carrasquilla, en el país existió una tradición narrativa sustentada en las crónicas etnográficas consignadas en el *Diario* de Cristóbal Colón, *El Carnero* de Juan Rodríguez Freile y en las *Historias generales de Indias* escritas por los conquistadores y misioneros de la época. Este período fundador de nuestra literatura culminó en una primera etapa con las estampas y cuadros costumbristas escritos por autores como José María Cordovez Moure, Soledad Acosta Bravo y Eugenio Díaz.

Pero es a partir de Tomás Carrasquilla que este delicioso género se fue consolidando a lo largo del siglo logrando crear una tradición cuentística en Colombia.

Tradición que hoy es una de las más ricas y representativas en el ámbito de la literatura mundial.

Después de “A la diestra de Dios padre” vendrán los cuentos “La tragedia del minero” de Efe Gómez, “Que pase el

aserrador” de Jesús del Corral y “En la hamaca” de José Félix Fuenmayor, quienes fueron allanando el camino para que en el país pudiéramos hablar por primera vez de una cuentística literaria que se diferenciaba de la crónica costumbrista de la época.

En este camino hay que mencionar, por supuesto, algunos nombres que debido a la práctica del ‘ninguneo’ y del olvido que aquí es costumbre, han quedado opacados en el horizonte de la literatura colombiana: me refiero a Hernando Téllez, Elisa Mújica, Adel López Gómez y Jesús Zárate Moreno.

Pero es en los albores de la década del sesenta que el cuento cobra todo su vigor en textos magistrales como “La venganza” de Manuel Mejía Vallejo, “La siesta del martes” de Gabriel García Márquez, “El día que terminó el verano” de Carlos Arturo Truque, “Bomba de tiempo” de Eutiquio Leal, “Todos estábamos a la espera” de Álvaro Cepeda Samudio, “Los infiernos del jerarca Brown” de Pedro Gómez Valderrama y “La noche de la trapa” de Germán Espinosa.

Los años sesenta representaron para el país la mayoría de edad de nuestra literatura pues fue en esta década que nuestras letras rompieron con las estrechas fronteras nacionales, y por primera vez, y a través del realismo mágico inventado por García Márquez, nuestra literatura se dio a conocer en el mundo.

Pero los sesenta no solo fueron los años dorados de la literatura del *boom* latinoamericano. Fue también el periodo de aprendizaje y formación de una generación literaria que venía siguiéndole los pasos a Juan Rulfo y Mario Vargas Llosa. A Julio Cortázar y Gabriel García Márquez.

Me estoy refiriendo a la generación de autores colombianos nacidos en la década del cuarenta que en los años setenta descollaron con una cuentística fuerte y robusta consolidando de esta manera una tradición literaria.

Si bien es cierto que en algunos casos los cuentos de esta generación estaban impregnados por el hálito telúrico que invadió a la literatura del continente, fue una cuentística de transición en el sentido de que muchos escritores rompieron con los viejos esquemas y se lanzaron a escribir relatos urbanos donde no solo las temáticas sino también los experimentos a nivel del lenguaje pusieron definitivamente al cuento colombiano en el camino de las tendencias contemporáneas.

Valga la pena destacar aquí los cuentos de Policarpo Varón donde se expresa una clara intención de renovación del lenguaje literario y donde se percibe que el autor tolimense no es ajeno al estilo literario inaugurado por Jorge Luis Borges; los cuentos de Óscar Collazos y Humberto Valverde, que situados en el micro-cosmos del barrio y arropados bajo la atmósfera de la música antillana nos hablan de amores juveniles, desamores y desencantos; los relatos de Gustavo Álvarez Gardeazábal, Germán Santamaría y Arturo Alape, que desde visiones diferentes, narran los episodios violentos del país; los cuentos de Luis Fayad y Nicolás Suescún, que inscritos en el contexto de la ciudad, relatan la soledad y la angustia del hombre contemporáneo.

Desde los inicios literarios de esta generación, ya se advertía la naturaleza múltiple y variada que ha caracterizado a la narrativa colombiana.

Entre los libros de cuentos que se publicaron en esta década, puedo mencionar: *Son de máquina* de Óscar Collazos; *Bahía sonora* de Fanny Buitrago; *Las muertes de Tirofijo* de Arturo Alape; *Marihuana para Göering* de Ramón Illán Bacca; *El festín* de Policarpo Varón; *Tu sangre, muchacho, tu sangre* de Germán Santamaría; *La ternura que tengo para vos* de Darío Ruiz; *El extraño y otros cuentos* de Nicolás Suescún; *Las alabanzas y los acechos* de Fernando Cruz Kronfly; *Cuentos del parque Boyacá* de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *Alquimia popular* de Marco Tulio Aguilera Garramuño; *El demonio y su mano* de Armando Romero; *Los lugares comunes* de Carlos Orlando Pardo; *Un pequeño café al bajar la calle* de Hugo Ruiz; *A la orilla del trópico* de Milcíades Arévalo; *Historias de amor y desamor* de Roberto Ruiz; *Olor de lluvia* de Luis Fayad; *Cosas de hombres* de Jairo Mercado; *Ajuste de cuentas* de Hernán Toro; *El cuarto bate* de Roberto Montes Mathieu; *Lo amador* de Roberto Burgos Cantor, y *Bomba camará* de Humberto Valverde.

La generación sin cuenta

Luego de la generación del cuarenta, que en su momento el crítico literario Isaías Peña Gutiérrez definió como la generación del Bloqueo y del Estado de sitio, viene la generación sin cuenta, que es la que aquí en este libro nos ocupa.

Nacida entre 1950-1959, en las principales urbes colombianas que tuvieron su mayor esplendor en los setenta, esta generación tuvo el privilegio de adquirir su educación sentimental en el rico contexto de esta década.

Los años sesenta fueron una década particularmente rica en sueños y en experiencias libertarias que marcó a toda una generación de artistas y escritores, que motivados por la bandera de la utopía, soñó alguna vez con cambiar el mundo.

Impulsados por las ideas del hombre nuevo que pregonaba en aquel momento Ernesto “Che” Guevara, sin lugar a dudas la figura latinoamericana más representativa del momento, los años sesenta significaron para toda una generación de jóvenes colombianos, la posibilidad de vivir un Renacimiento cultural.

Fue así como en aquellos años, marcados por grandes acontecimientos como la Revolución Cubana, la guerra del Vietnam y el primer viaje del hombre a la luna, el arte y la literatura latinoamericanos tuvieron un desarrollo nunca antes visto, que los llevó por primera vez a ser reconocidos mundialmente.

Es así como la música popular latinoamericana que hasta hacía muy poco se confundía con el folclor, llegó a las grandes ciudades metropolitanas y fusionándose con otros ritmos y armonías, se comenzó a escuchar en los grandes escenarios cosmopolitas; surgió lo que se ha denominado la música “salsa” y el jazz latino; fue así como se reconoció en Europa y Estados Unidos el tango argentino.

La literatura latinoamericana que hasta los años cincuenta había sobrevivido de una manera insular, a excepción de nombres

como Miguel Ángel Asturias o Pablo Neruda, irrumpió de la invisibilidad ocupando por primera vez los espacios académicos y literarios europeos y norteamericanos.

El resultado de esto fue el “Boom” literario que se formó alrededor de las magistrales obras de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes.

Y finalmente, tenemos el cine cuya escasa tradición en el continente, a excepción de México y Argentina, empezó a interesarse por la problemática social latinoamericana. De este experimento surgieron películas importantes como *Memorias del subdesarrollo*, que se convirtieron en la biblia de los jóvenes cineastas latinos y colombianos, y los documentales que en cada país sirvieron para mostrar una realidad nunca antes expresada en el celuloide.

Este fue el campo de representación cultural donde se formó la generación sin cuenta.

A nivel de las ideas, hay que decir que esta generación creció bajo el feliz influjo de la juventud norteamericana que se oponía a la guerra del Vietnam con su consigna famosa de “haga el amor y no la guerra”; recibió de primera mano las ideas revolucionarias que venían de Cuba, China y la antigua Unión Soviética. Y en el plano intelectual recicló, así fuera en pésimas traducciones, las ideas del movimiento francés representado en intelectuales como

Podemos caracterizar a la generación sin cuenta, como la hemos querido llamar aquí, como una generación utópica. Porque habiendo sido formada en una década donde la imaginación y la libertad estaban a la orden del día, siempre pensó en crear nuevos mundos posibles

Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Roland Barthes, Julia Kristeva y Michel Foucault.

Por todas estas razones podemos caracterizar a la generación sin cuenta, como la hemos querido llamar aquí, como una generación utópica. Porque habiendo sido formada en una década donde la imaginación y la libertad estaban a la orden del día, siempre pensó en crear nuevos mundos posibles; se resistió a aceptar en silencio la realidad *in crudo* y asumió, por el contrario, el gran reto de trabajar en el campo de la imaginación literaria.

Todo este espectro cultural que hemos descrito aquí, así sea a vuelo de pájaro, creó las condiciones para que naciera en nuestro país una rica generación de escritores que siempre se ubicó en el contexto progresivo por inventar nuevos mundos imaginarios y simbólicos. Esta es su mayor virtud.

Su talón de Aquiles fue su idealismo *in extremis*, pues mientras se pensaba a la manera de Tomás Moro en reinventar el mundo, en poner en primer lugar y por encima de todo el espacio de la invención literaria, un hilo negro e invisible comenzó a recorrer la geografía del país hasta colocarlo al borde del abismo.

En relación con el lenguaje literario y las temáticas que aborda, hay que decir que la generación sin cuenta, como hija de una realidad variada y compleja, es una generación heterodoxa que supo asimilar los nuevos lenguajes musicales y audiovisuales que se desarrollaron en este periodo y supo integrarlos al lenguaje narrativo propio de la literatura.

En este sentido, en la mayoría de los cuarenta cuentos que hemos seleccionado aquí, hay una destreza del lenguaje y una articulación sana de los lenguajes musicales y cinematográficos al discurso literario.

En esta dirección, los autores nacidos a partir del cincuenta asumieron el riesgo formal de revolucionar el lenguaje literario del cuento que hasta la fecha no se había desprendido de una escritura costumbrista o mágica.

Aquí vale la pena destacar cuentos como “Thriller” de Roberto Rubiano, “La mamá del astronauta” de Tim Keppel o “31 en Pussycat” de Gustavo Reyes que no ahorran esfuerzos para mostrarnos una forma de escritura influenciada por el guión cinematográfico o la estructura melodiosa de una canción de rock de los años sesenta.

A nivel temático esta generación es múltiple, dejándonos ver una vasta pátina cromática que va desde los cuentos de jóvenes que cumplen con el rito de la iniciación, como es el caso de “Outis” de Germán Cuervo, “El instrumento” de Luis Fernando Macías y “El hombre de las agujas” de Antonio Correa, pasando por los relatos que narran la violencia actual, el narcotráfico y el *paseo millonario*, tal como sucede en “Como tinta de sangre en el paladar” de Eduardo Delgado, “Encuentro en la frontera” de Sonia Truque, “El abrigo” de Jorge Eliécer Pardo, “Gelatina” de Harold Kremer y “El teléfono” de José Libardo Porras; hasta la búsqueda del amor en bares, montado en una *jarli* o en casas alegres de Bogotá, Medellín, Barranquilla y Cali, como se describe en “Camila todoslosfuegos” de Juan Diego Mejía, “Justo después de la tormenta” de Jaime Cabrera y “Sirena” de Alfredo Vanín.

En esta amplia selección encontramos, así mismo, la voz femenina demitificando al “chulo aprovechado o mamito de oficio”, como dice la narradora del cuento de Nayla Chegade Durán, planteando la posibilidad del amor triangular en el relato de Gabriel Pabón, mostrando las fantochadas del

mujerero en el magistral relato de Ana María Jaramillo o describiendo una casa caótica, que funciona como una metáfora del país, en el breve pero intenso cuento de Consuelo Triviño.

Así mismo hemos querido incluir aquí aquellos relatos que manejan una temática subjetiva y existencial donde el corazón de la narración es el ser humano. Nos estamos refiriendo a los cuentos “Sesión de medianoche” de José Luis Garcés, “Arthur Rimbaud visita el Tequendama” de Eduardo García Aguilar, “Pesadilla en el hipotálamo” de Julio César Londoño y “El biombo” de Guido Tamayo.

Finalmente, dentro de esta Antología que hoy presentamos al lector, hemos querido tener en cuenta a los escritores que hacen parte de la diáspora y que por haber vivido en contextos culturales diferentes a su propio país, han sabido recrear en sus cuentos los mitos, las temáticas y los

fantasmas propios de las culturas del mundo. Me estoy refiriendo en particular a los cuentos “Una tarde en la vida de Falafel Gutiérrez” de Boris Salazar, “Cenizas al aire” de Juan Fernando Merino, “Berlín Bar, año dos mil y tantos” de Magil y “Días de tambor” de Julio Olaciregui.

La generación sin cuenta con su riqueza multicultural, con su destreza e innovación en el lenguaje, con su espíritu utópico al que nunca ha renunciado, y con su incesante nomadismo intelectual, refleja en sus relatos la Colombia contemporánea.

